

Los Seléucidas y sus sistemas de control territorial

Arminda LOZANO
Universidad Complutense

SUMMARY

The author investigates the thin indications of a policy of rigid control on their provinces followed by the Seleucids. The monarchs intended to limit, or in some case to cut off, the autonomy retained by some political entities in the Empire. In order to reinforce their absolute power the Seleucid Kings have recourse to different control systems. The most important was the urbanisation of new territories under their control. The lean indications left by this process —most epigraphical documents— are surveyed in this article.

Los herederos del imperio asiático conquistado por Alejandro recibieron unos extendidísimos territorios, cuyo gobierno, precisamente por las enormes dimensiones que poseía y la variedad de pueblos que lo habitaban, constituía una tarea sumamente complicada. Las situaciones que los nuevos monarcas debieron afrontar, resultado de dicho panorama, eran, por tanto, de lo más complejo y heterogéneo y sus soluciones, por tanto, igualmente variadas. Uno de los hechos evidentes era que una buena parte de los territorios del Imperio escapaban a su control directo, en función de privilegios ancestrales.

Como nos informan las fuentes antiguas, los templos figuraban entre los mayores propietarios de tierras¹. Junto a ellos, aunque en distinto nivel

¹ Me parece necesario en este punto hacer una consideración previa acerca de las fuentes. Tenemos una documentación relativamente abundante sobre los templos y cultos anatólicos, pero, en concreto para la época helenística, nuestra información es escasísima. El diferente grado de helenización entre las distintas zonas minorasiáticas explica también, en parte, las lagunas

por lo que a autonomía e independencia se refiere, podrían citarse las áreas controladas por tribus autóctonas, sometidas a la autoridad central en un grado en ocasiones sumamente laxo, y desde luego, el territorio de las ciudades griegas antiguas que se circunscribía mayoritariamente a la franja occidental minorasiática. Para ellas, la conquista macedónica supuso la pérdida de su independencia, quedando así bajo control del gobierno real. Los términos libertad, autonomía y similares se convertirán a partir de entonces en moneda corriente, definatorios de esas difíciles relaciones entre reyes y ciudades griegas, utilizadas por los primeros como arma arrojadiza cuando se presentaba la ocasión, al tratarse de situaciones no de derecho sino de privilegio que los monarcas podían discrecionalmente conferir o arrebatar².

En relación con los templos, puede señalarse, en principio, que los Seléucidas, como herederos de los Aqueménidas y, en calidad de tales, ejercían un poder ilimitado, siendo así que difícilmente podían tolerar en los territorios bajo su dominación la existencia de otros poderes diferentes de cualquier índole que éstos fueran. Sin embargo, las fuentes nos hablan de templos cuya autoridad y riqueza sobrevivió al paso de los siglos, de suerte que se mantenían más o menos intactos en la época que ahora tratamos de analizar. Los reyes mantuvieron hacia ellos actitudes diferentes pero que, en cualquier caso, deben incardinarse en el marco de ese poder absoluto del que hablábamos más arriba. No creo que pueda hablarse de una política uniforme en este terreno, pues cada rey actuó en su momento como mejor le pareció, teniendo siempre en cuenta las circunstancias.

existentes en nuestra información. De los escritores antiguos que tratan algo dicha problemática, destaca por su importancia Estrabón, insustituible en cualquier reconstrucción histórica de Anatolia central y oriental. Dada su procedencia, era oriundo de Amasia en el Ponto, tenía un conocimiento directo de dichas regiones, lo que transmite a su narración la cualidad de la fiabilidad. Así, la información que poseemos acerca de los grandes templos existentes en las zonas anatólicas del interior procede casi exclusivamente de él, si bien suele referirse a la situación de su tiempo. Estrabón, sin embargo, no aporta datos equivalentes para los templos del Asia Menor occidental. Para estos casos contamos, no obstante, con una información epigráfica suficientemente generosa provista por las ciudades griegas, pero que tienen en su mayor parte una cronología posterior a la época helenística. De todos modos, lo que sabemos de los templos en la Antigüedad autoriza a efectuar ciertas extrapolaciones, pues, en efecto, su organización interna al menos permaneció inalterada a lo largo de los siglos.

² Cfr. W. ORTH, *Königlicher Machtanspruch und städtische Freiheit. Untersuchungen zu den politischen Beziehungen zwischen den ersten Seleukidenherrschern (Seleukos I, Antiochos I, Antiochos II) und den Städten des westlichen Kleinasien*, Münschen 1977. El autor examina todos los testimonios tanto literarios como epigráficos relativos a la concesión real de tales privilegios.

No vamos a entrar aquí en consideraciones sobre los tipos de templos existentes en Anatolia y sus propiedades, pues se trata de una cuestión ampliamente debatida por los historiadores desde finales del siglo pasado³. En todo caso, baste decir que de las dos clases de santuarios básicamente diferenciadas —los de tipo oriental con amplísimos territorios explotados y controlados por ellos, junto con la población que los habitaba, y los situados en la parte occidental, mucho más numerosos pero con un patrimonio territorial mucho más reducido—, fueron, al parecer, éstos últimos los que evolucionaron más rápidamente hacia situaciones acordes en mayor medida con la tradición griega. Sin duda, su proximidad geográfica a los antiguos centros urbanos griegos de la costa no es ajena a tales progresos.

La problemática en torno a los templos se encuentra ligada, lógicamente, con otra, fundamental, y que no es sino la de la helenización del territorio minorasiático y anatólico en general, pues, como es bien sabido, existía una marcada contraposición entre el litoral, con sus múltiples ciudades

³ Sobre la extensión de los dominios sacerdotales y la actitud de los reyes helenísticos hacia ellos existen dos posturas enfrentadas: la de aquellos que propugnan que los principados teocráticos fueron secularizados por los monarcas, pasando así a engrosar la tierra real y los que niegan que tal cosa se hiciera. Entre los defensores de la primera figura su propio creador W. M. RAMSAY, CB I, p. 10, 102-3, 182 y otros muchos pasajes repartidos en la obra. Las tierras así confiscadas habrían sido utilizadas a su vez para dar asiento a colonos, sobre todo militares, *katoikoi*, sin mermar los ingresos reales, asentamientos, *katoikiai*, que posteriormente darían lugar a ciudades propiamente dichas. M. ROSTOV'TZEFF, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonats*, Leipzig et Berlin 1910, 277; *Idem*, *Anatolian Studies presented to Sir William M. Ramsay*, Manchester 1923, 369 ss. En su obra posterior, *HSEMH* I, cap. IV, 451 ss., matiza y suaviza muchas de sus afirmaciones anteriores relativas a esta cuestión. T. R. S. BROUGHTON, *Roman Asia Minor*, 641 ss. sostiene unas apreciaciones semejantes en muchos puntos a Rostovtzeff. Swoboda, *RE* sup. IV, art. «Kome», cols. 963 ss. Más modernamente BÖMER, *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom*, I-IV, Wiesbaden 1958-1964, II, 159-60, comparte la opinión de Ramsay añadiendo que el poder de los sacerdotes sólo es comprensible en la mentalidad asiática. En contra de las ideas expuestas se manifestó A. H. M. JONES, *Greek City*, 309-310 y n. 58. En su opinión no existen testimonios que permitan afirmar la posesión por los templos del Asia Menor premacedonia de propiedades tan extensas. Piensa, por el contrario que fue a lo largo de la época helenística cuando los templos ampliaron enormemente sus propiedades, constatando que éstas se componían de parcelas distintas, separadas entre ellas. A partir de la postura adoptada por Jones, surgieron otras, asimismo críticas respecto a Ramsay, debidas a Broughton (en su artículo posterior a su *Roman Asia Minor*, «New evidence on temple-estate in Asia Minor», en *Studien in honor of A.Ch. Johnson*), T. ZAWADSKI («Quelques remarques sur l'étendu et l'accroissement des domaines des grandes temples en Asie Mineure», *Eos* 46, I, 1952-3, 83-96, etc. Un resumen de las principales teorías con la documentación correspondiente se encuentra en A. LOZANO, *La esclavitud en Asia Menor helenística*, Oviedo 1980, 140 ss. con las notas correspondientes; P. DEBORD, *Aspects sociaux et économiques*, p. 127 ss. (cap. V).

griegas de historia secular y el interior, escasamente afectado por ese influjo helenizador y ajeno, por tanto, a las formas de vida griegas. La labor desplegada por Alejandro y sus colaboradores en los antiguos territorios del Imperio persa supuso tan sólo el comienzo de este proceso para cuya consolidación se requerirían siglos. Y en efecto, fue, paradójicamente, Roma la que lo consumaría.

Uno de los instrumentos utilizados por los monarcas helenísticos para llevar a cabo esta helenización, siguiendo las pautas establecidas por el conquistador de Asia, fue la urbanización de la que mucho han hablado los modernos tratadistas⁴. Sin entrar ahora en el debate sobre su carácter, si militar o civil, parece claro que también en este punto hay que hablar de clases distintas⁵. En todo caso, los objetivos eran evidentes: ordenar el territorio de manera que pudiera ser controlado más eficazmente, enmarcándolo en unas formas administrativas de tipo griego, sujetas al poder de los reyes. A la consecución de esta meta se dirigió asimismo en buena medida la actuación real hacia los templos, razón por la cual ambas clases de medidas constituyen dos vertientes de una misma política. Que su aplicación no siempre estuvo exenta de problemas podemos afirmarlo en función de algunos datos de distinta naturaleza contenidos en la documentación a nuestro alcance. Ellos, en efecto, arrojan indicios sobre las dificultades encontradas por este proceso. Su análisis puede iluminar el azaroso caminar de la helenización en algunas zonas del occidente anatólico.

Para ello, nos vamos a centrar en una región concreta, Caria, por los testimonios interesantes que nos aporta a este respecto.

Cabe señalar, en principio, que el interior cario, como el de otras áreas circundantes, estaba habitado por tribus rurales cuyos nombres apenas son

⁴ La labor fundacional seléucida fue muy intensa, hecho en el que tanto los antiguos como los historiadores modernos coinciden. Cfr. por ejemplo, App., *Syr.* 57. Una sinopsis de las motivaciones conducentes a la ejecución de nuevas fundaciones urbanas se encuentra en la obra clásica de A. H. M. JONES, *Greek City from Alexander to Justinian* Oxford 1966, 2 ss. Respecto a esta cuestión no cabe hablar de una postura uniforme no ya a las tras grandes dinastías sino incluso a cada una de ellas. Respecto a los Seléucidas cfr.: V. Tscherikover, *Die hellenistischen Städtegründungen von Alexander dem Grossen bis auf die Römerzeit*, Leipzig 1927; *Idem*, *Hellenistic civilization and the Jews*, p. 23 s.; M. ROSTOVITZEFF, *Historia social y económica del Mundo helenístico*, Madrid 1967, vol. I. 496 ss.; W. TARN y G. T. GRIFFITH, *La civilización helenística*, Méjico 1969, 108 s.

⁵ Muy iluminador en este aspecto es la obra de G. M. COHEN, *The seleucid Colonies. Studies in Founding, Administration and Organization*. (Historia Einzelschriften, Heft 30), Wiesbaden 1978. Cfr. también A. LOZANO, «Las *poleis* minorasiáticas en época helenístico-romana. Ciudades antiguas y nuevas fundaciones», (en prensa), donde analizo algunos testimonios que ayudan a dilucidar la cuestión de la naturaleza de la urbanización seléucida.

conocidos. Tan sólo algunos de ellos emergen de la oscuridad en época helenística, e incluso después, resto de un conjunto indudablemente más numeroso e importante en épocas anteriores. Estas zonas interiores apenas conocían la urbanización. Su sistema organizativo tenía como eje la aldea o *kome* a partir de la cual se iría desarrollando con el tiempo una forma primitiva de organización ciudadana. Algunas de ellas constituirían incluso el núcleo de posteriores ciudades, o bien serían incorporadas al territorio de agrupaciones urbanas, nuevas o preexistentes, situadas en sus inmediaciones⁶. La lentitud con que avanzó la urbanización de todas estas áreas —hay que llegar a época imperial para poder ver el proceso en fase de culminación—, puede interpretarse como un signo de fortaleza de los autóctonos, resistentes a dejarse integrar en este proceso, entendido como una pérdida de sus esencias nacionales. Conviene aclarar de todas formas que nuestro conocimiento de estos procesos resulta muy difícil. Las fuentes antiguas aluden sólo de manera esporádica a los grupos tribales; la otra fuente de información, la epigrafía, es un tipo documental utilizado por aquellos que ya habían sido absorbidos por la helenización.

No obstante, algún episodio histórico aislado permite comprobar que en las áreas rurales la situación podía no ser tan pacífica como aparentemente la contemplamos y que el descontento cundía entre los sectores sociales menos favorecidos. El caso de Aristónico y el gran eco encontrado por su llamada a la rebelión precisamente en tales grupos resulta paradigmático⁷. El foco más resistente de dicha revuelta estuvo constituido por el interior del país y la espina dorsal de los seguidores del aspirante al trono de Pérgamo no fue otra que esos campesinos explotados y descontentos, habitantes de tales áreas geográficas, que Estrabón reúne bajo la descripción de pobres y esclavos⁸. Entre ellos se encontraban ciertos elementos de la población misia, sobre todo los de las partes conocidas como Abaitis y Abretene, foco

⁶ Cfr. D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, I-II, Princeton 1950, 142 ss. y 1021 ss. (n. 68 y 69), donde aporta los textos conocidos sobre estas comunidades tribales y su evolución. Véase asimismo la bibliografía citada *supra* (n. 3).

⁷ Para una descripción de la guerra, pueden verse entre otros, E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*, I-II, Nancy 1968, 392 ss.; D. MAGIE, *RRAM*, p. 148 y notas correspondientes; V. VAJRINEK, *La révolte d'Aristonikos*, Praga 1957; J. VOGT, «Pergamon und Aristonikos», *Sklaverei und Humanität. Studien zur antiken Sklaverei und ihre Erforschung* (Historia-Einzelschrift VIII), Wiesbaden 1965, 64 ss.; M. ROSTOVITZEFF, *HSEMH*, p. 886 ss.; A. LOZANO, *La Esclavitud en Asia Menor helenística*, cap. V, B.; H. KREIBIG, *Geschichte des Hellenismus*, Berlin 1982, 172 ss.

⁸ Strab., XIV, I, 38 (p. 646). Así sería tras la derrota de Cime y la retirada subsiguiente de Aristónico al interior donde se hizo fuerte hasta que sus oponentes lo derrotaron y capturaron en la ciudad de Estratonicea del Caico en Lidia.

de inquietud e intranquilidad permanente en el reino de Pérgamo. Por lo demás, serían ciudades del interior lidio como Tiatira, Apolonia y Estratonicea del Caico las auténticamente emblemáticas de la revuelta de Aristónico por ser allí no sólo donde tenía concentrada su fuerza militar sino donde éste emitió moneda bajo el nombre dinástico de Eumenes III⁹.

El caso de Aristónico, al tratarse de un conflicto abierto e importante, que aglutinó en torno a Roma a las potencias del entorno, interesados todos en el mantenimiento del orden establecido, frente a las connotaciones nada deseables adquiridas por la rebelión, tuvo en las fuentes históricas el consiguiente tratamiento. Pero no siempre el descontento de los indígenas encontró unas vías similares para expresarse. Las más de las veces tales sentimientos no salen a la luz, de manera que manifestaciones de esta índole apenas si encuentran alguna mención indirecta en nuestra documentación, tal y como veremos.

También como ejemplo de lo dicho hasta aquí podemos citar la fundación de la ciudad de Estratonicea de Caria, en mi opinión, muy revelador e instructivo.

La ciudad fue una de las tempranas fundaciones de la época helenística, obra del monarca seleúcida Antíoco I¹⁰. El territorio elegido para ello, lejos de ser una zona vacía o carente de estructuras urbanas, tenía en su suelo antes de procederse a la creación del nuevo asentamiento, toda una serie de aldeas carias, pobladas por gentes autóctonas. Es más, todo aquel entorno gozaba de una fama considerable ya en fechas anteriores al mencionado hecho fundacional, gracias a la circunstancia de encontrarse allí, según

⁹ Además de la bibliografía ya citada, más concretamente sobre las emisiones monetales cfr. E. S. G. ROBINSON, «Cistophori in the name of king Eumenes», *NC*, 6^a ser. XIV, 1954, 1 ss.; J.-L. ROBERT, *Bull. Epigr.*, 73, 1960, 192, n^o 339.

¹⁰ Le otorgó un nombre dinástico, el de su mujer Estratónice. Como tal, en vez de *Stratonikeia*, es mencionada por autores como Estrabón (XIV 658), Ptolomeo (V, 2) y Eutropio (IV, 20). La fecha exacta es asunto discutido por cuanto las fuentes antiguas discrepan en este punto. Apiano (*Syr.* 57) señala a su padre Seleuco I como fundador de la ciudad. Tal discrepancia deriva de la propia situación de Estratónice, casada primero con Seleuco, pero traspasada después, en torno al 294, a su hijo Antíoco y como el primero sólo accedió al dominio de Asia Menor tras la batalla de Corupedión (año 281), no es lógico que atribuyera posteriormente a una ciudad recién fundada el nombre de la mujer repudiada. Así pues, parece más atendible la información de Esteban de Bizancio. Cfr. RUGE, *RE IV A*, 1 (1945), art. «Stratonikeia», col. 322-323. También J.-L. ROBERT, *Mélanges Isidore Levy*, Bruselas 1955, 553 ss. Dentro del período de reinado de Antíoco I, el momento exacto parece que es necesario situarlo con posterioridad al 276, fecha en que el territorio de Estratonicea estaba en manos de los Ptolomeos y antes del año 268, pues ya entonces, según revela una inscripción encontrada por Sahin en el área de la ciudad, ésta ya existía: M.Ç. SAHIN, *The political and religious Structure in the territory of Stratonikeia in Caria*, Ankara 1976, 17 ss.

menciona Estrabón, la sede de conocidos recintos religiosos, el templo de *Hekate* en Lagina y el de Zeus *Chrysaoreus*, santuario común este de la confederación caria, o lo que es lo mismo de todos los carios. El sistema utilizado para llevar a efecto dicha fundación fue el sinecismo de esas *komai* preexistentes¹¹.

Yo misma he defendido recientemente¹² que fueron estas circunstancias precisamente las que fundamentaron y determinaron la decisión del monarca seléucida de crear allí una ciudad tipo griego. Desde esta perspectiva la nueva polis habría sido, por tanto, el resultado de una acción política que ante la cohesión y organización ofrecidas por los carios, estaba encaminada a restar fuerza al elemento autóctono, pues es obvio que cualquier unidad de agrupamiento político —como el poseído por los mencionados carios—, representaba una amenaza para el tipo de autoridad revestido por las dinastías helenísticas. Por ello, no debe resultar extraño que el monarca pretendiera introducir un elemento de ruptura en esa unidad o confederación.

Por lo demás, la ciudad, como toda la zona en que estaba inmersa, sufrió los vaivenes políticos inherentes a los enfrentados intereses de las grandes potencias¹³. Estrabón describe o califica Estratonicea como *katoikia Makedonon*¹⁴, denominación que de ser utilizada con propiedad y rigor

¹¹ Ello conllevó que las antiguas *komai* o aldeas carias se integraran en la nueva ciudad en calidad de *phylai* o *demoi*, hecho que nos ha permitido a nosotros acceder a su conocimiento a través del recuerdo que de ellas nos ha quedado en las inscripciones griegas posteriores. La importancia de los *demoi* estratoniceenses era desigual, existiendo un grupo de cinco de mayor relevancia a juzgar por el mayor índice de su mención en los documentos. De éstos, cuatro mantuvieron su antigua denominación caria —Koraza, Koliorga, Koraia y Lobolda— y uno griega, el llamado *Hiera Kome* o Aldea sagrada. Tal nombre no podía deberse a una casualidad sino que su razón de ser, a la vista de los precedentes históricos de la zona, ha de encontrarse en la circunstancia de tratarse de un importante centro religioso. Para el desarrollo de todos estos aspectos, cfr. A. LOZANO, art. cit., 76 ss.

¹² A. LOZANO, «La impronta indígena en la religiosidad oficial de la ciudad griega de Estratonicea. Conexiones entre política y religión», *Gerión* 11, 1993, 75 ss.

¹³ Se justifican así los frecuentes cambios de dueño de toda el área, característicos del juego político allí desarrollado especialmente durante el s. III y primera mitad del s. II a. J. Es en función de ello como se explica la presencia alternativa allí de Ptolomeos, Seléucidas, rodios y Antígónidas macedonios.

¹⁴ Str., XIV, 2, 25. Esteban de Bizancio (*Ethnika*, arts. «Chrysaoris» e «Idrias») la define como *polis Makedonon*. De la historia posterior de la ciudad hasta época romana cuando ya las inscripciones arrojan más luz sobre ella tenemos algunos datos. Ya en el s. I, la ciudad se vio envuelta en distintos episodios bélicos de diferente signo, como la fallida resistencia opuesta a las aspiraciones de conquista del rey pónico Mitridates en el año 88 (App., *Mithr.* 21), que le valió el posterior reconocimiento, o mejor, confirmación por Sila de determinados privilegios como la autonomía y la asilía. También sabemos por Dión Casio (XLVIII 26, 3) y Tácito

histórico, equivaldría a conectarla con intereses de tipo militar y estratégico de manera exclusiva¹⁵.

Ciertamente la inestabilidad política de la zona podría justificar la instalación de un enclave de carácter militar como era la *katoikía*, con el fin tanto de vigilar y controlar como de reforzar la autoridad seléucida en un territorio recién recuperado de los rodios. Este primer objetivo sería pronto superado o modificado por otras necesidades, surgidas de las propias relaciones de los Seléucidas con los indígenas. Ello supondría una especie de refundación de la ciudad, hecho por lo demás ampliamente repetido en las regiones más orientales del Imperio¹⁶, mediante el recurso al sistema del sinecismo de las aldeas carias preexistentes con la ciudad griega. Era considerado quizá más eficaz en el marco de la pretensión gubernamental de diluir el sentimiento nacionalista, puesto que la polis tenía una población más heterogénea, siendo la convivencia y mezcla entre grupos de distintas procedencias algo habitual¹⁷. Por lo demás, algún testimonio aislado, pero sumamente significativo, nos informa de cómo la plena integración de las distintas *komai* carias en la ciudad no se hizo de un golpe sino de manera progresiva o que, si se hizo, sólo se consideraba nominal¹⁸. Toda esta reconstrucción permite salvar la tradición estraboniana sobre la ciudad y que, en principio, hay que admitir como fiable.

(Ann. III, 62) del asedio efectuado en el año 40 por Labieno, heroicamente resistido por la ciudad y cuyo eco se encuentra, entre otros documentos, en un largo decreto público de la ciudad, pero que no pudo impedir el saqueo a que fueron sometidos sus templos, sobre todo el de Lagina.

¹⁵ Por otro lado, no existen huellas entre los habitantes posteriores de la ciudad caria de la existencia de un grupo diferenciado de macedonios, que avalara sus orígenes como asentamiento militar, al estilo de lo que sucedía en otras áreas vecinas. Bien es cierto que el lapso de tiempo transcurrido entre la fundación y la aparición de la documentación epigráfica es muy grande, de suerte que tal circunstancia puede explicar por sí misma la inexistencia testimonial de cuantas secuencias pudieran darse en el desarrollo de la nueva ciudad. La mención de *katoikountes* en las inscripciones por la época a que corresponden y el contexto, en absoluto puede considerarse una derivación de *katoikia*, es decir, con el sentido de colonos militares, sino que más bien el término posee una acepción genérica como «habitantes» de la ciudad.

¹⁶ Cfr. V. TSCHERIKOVER, *op. cit.*, 27 ss; A. H. M. JONES, *op. cit.*, 12.

¹⁷ G. M. COHEN, *op. cit.*, 32 s., considera las colonias de macedonios de los primeros reyes seléucidas, Seleuco I y Antíoco I especialmente, como algo auténtico y característico de esta primera fase colonizadora de la dinastía. Las creadas posteriormente no conllevarían el asentamiento de macedonios, aunque sí de otros grupos, como los judíos babilonios establecidos por Antíoco III en Lidia y Frigia (Jos., *Antiq. Ioud.* XII, 149). Toda su argumentación conduce a poner de manifiesto la homogeneidad poblacional de las colonias seléucidas.

¹⁸ La confirmación de esto se encuentra en los documentos relativos a la concesión del derecho de ciudadanía por parte de la comunidad de los panamareos en fechas tan tardías como comienzos del s. II a.J. Cfr. BCH 28, 1904, 351, n.º 6; 348 ss. n.º 4 y 5. H. OPERMANN, *Zeus Panamaros*, Giessen 1924, 22 ss.

Por lo que se refiere a la población, Estratonicea tenía, a juzgar por lo dicho, un fuerte componente indígena a diferencia de lo que era habitual en el caso de las *katoikías*, caracterizadas por su homogeneidad. La unificación y cohabitación en el mismo espacio urbano de estos dos elementos diferenciados no se produciría, sin embargo, de manera repentina sino más bien cuando los colonos griegos hubieran alcanzado ya un cierto grado de veteranía y solidez en sus nuevos emplazamientos, que les permitiera integrar estos otros grupos, ajenos en principio a su cultura y organización y numéricamente superiores¹⁹.

El caso de la ciudad caria puede constituir, por lo establecido hasta aquí, un referente de las actuaciones reales, estatales, en territorios no urbanizados, con unos grupos poblacionales sólo teóricamente sometidos al poder central²⁰. Puede hablarse, pues, de que o bien los respetaron, pero ejerciendo un control efectivo de su territorio para evitar sublevaciones, o bien los integraron paulatinamente mediante su inclusión en las nuevas ciudades.

Esta táctica era mucho más rentable políticamente porque a la larga quebraba la cohesión en el interior del grupo, pudiendo privarlo así de toda su fuerza y, por consiguiente, neutralizándolo políticamente²¹. El recuerdo de dicha integración puede pervivir aunque de modo muy difuso en topónimos, que, como en Estratonicea, pasaban a designar *demoi* de la nueva ciudad²².

¹⁹ D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, Princeton 1950, 989-90, ofrece algunos ejemplos de ciudades nacidas por sinecismo sin que ello conllevara nuevos aportes de colonos griegos. Normalmente son casos localizados todos ellos en la zona occidental de Asia Menor.

²⁰ Durante el Helenismo el modo de actuación respecto a los componentes de grupos tribales autóctonos parece, en efecto, haber cambiado. Las dinastías gobernantes en aquellos territorios, aún actuando siempre en función de los objetivos o los intereses de su política, no parecen haber adoptado medidas tan drásticas como la de su esclavización, sino que fueron más tolerantes. Cf. sobre grupos indígenas esclavizados A. LOZANO, *La esclavitud...*, *op. cit.*, 78 ss. donde se citan los testimonios al respecto.

²¹ Los carios habían estado hasta entonces cohesionados como demuestra la pervivencia de formas de organización religiosa. Cfr. A. LOZANO, «La impronta indígena en la religiosidad oficial...», *art. cit.*, *Gerión* 11, 1993.

²² Pese a los esfuerzos helenizadores desplegados por los monarcas helenísticos —tanto Seléucidas, como Atálidas, y en una escala más reducida por las llamadas monarquías menores, sobre todo la de Bitinia— siguieron existiendo regiones tenazmente aferradas a sus rasgos culturales propios. Esta constatación, sin embargo, no oscurece el hecho del avance de la helenización registrado en el período helenístico. Su máximo desarrollo se alcanzó en el período siguiente bajo dominación romana, quedando afectada por él la práctica totalidad de Anatolia. Siguen siendo fundamentales las obras generales de A. H. M. JONES, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, Oxford 1937 (1971); *Idem*, *The Greek City*, Oxford 1940; D. MAGIE, *op. cit.*, Princeton 1950; M. LE GLAY, *Villes, Temples et Sanctuaires de l'Orient romain*, Paris 1986; M. SARTRE, *L'Orient romain. Provinces et sociétés provinciales en Méditerranée orientale d'Auguste aux Sévères (31 av. J. C.-235 ap. J. C.)*, Paris 1991, especialmente los capítulos 4 y 7.

Por lo demás, el seguimiento que puede hacerse de la evolución de los cultos autóctonos de la ciudad refleja, en mi opinión, la resistencia presentada por los indígenas carios a dejarse absorber por una entidad de carácter griego. Fue, en definitiva, un proceso largo y en absoluto sencillo, el cual, dada la ausencia de fuentes directas, puede ayudarnos a desentrañar y comprender la cuestión de las relaciones entre grupos indígenas minorasiáticos y los Seléucidas²³.

Además del iluminador ejemplo provisto por Estratonicea, otros testimonios nos informan de esa pervivencia de creencias y tradiciones propias en esta región y de la actuación del poder político. Uno de los casos más relevantes es el de Labraunda, cuyo templo, dedicado al Zeus local o *Labraundos*, era propietario desde antiguo de tierra sagrada, como explícitamente se atestigua en las inscripciones²⁴. Por otro epígrafe, sabemos que uno de sus sacerdotes conocidos del s. III a.J. presentó gran resistencia a ser controlado por la vecina ciudad de Milasa²⁵, lo cual evidencia dos cosas: que el templo y su sacerdocio estaban perdiendo su independencia, lo cual generó la consiguiente resistencia de los sacerdotes y que, paralelamente, la ciudad, el poder cívico, se estaba fortaleciendo hasta el punto de encontrarse en situación de poder intervenir en la administración del santuario. Se asiste, por tanto, al proceso ya iniciado de incorporación de un santuario indígena²⁶, con propiedades importantes en la etapa anterior, es decir, pre-seléucida, a la ciudad en cuyas proximidades estaba ubicado.

Esta política, sin duda auspiciada y propugnada por el poder central,

²³ De acuerdo con mi hipótesis, el protagonismo religioso de la zona correspondía al culto de Zeus *Chrysaoreus*, la divinidad caria por excelencia, manteniéndose más o menos intacto hasta la finalización del dominio rodio en la región como consecuencia de la batalla de Pidna (año 167 a.J.). A partir de entonces, es la *Hekate* de Lagina la que ocupa el papel estelar de la vida religiosa. Las razones en principio son desconocidas —ninguna fuente habla de ello—; por tanto sólo contamos con el hecho cierto. Sin embargo, entiendo que se puede explicar en clave política, como un intento de desviar la atención religiosa de aquellas gentes carias hacia una divinidad también sumamente arraigada y con unos caracteres atendibles por todos, pero que estaba desprovista de las connotaciones nacionalistas propias del Zeus *Chrysaoreus*. Cfr. A. LOZANO, «La impronta indígena en la religiosidad oficial...», art. cit., *Gerión* 11, 1993, 75 ss. donde expongo las razones que me permiten argumentar de la manera expuesta.

²⁴ Cfr. J. CRAMPA, *Labraunda, Swedish Excavations and Researches*, vol. III, Part 1, *The Greek Inscriptions*, Lund 1969; Part 2, *The Greek Inscriptions*, núms. 13-133, Stockholm 1972. La ins. n.º 1 habla de «hiera chora tes proteron dioikoumenes».

²⁵ Cfr. J. CRAMPA, *Labraunda* insc. n.º 5.

²⁶ Los nombres de los sacerdotes mencionados en las inscripciones, sobre todo son Korris, Ouliades y Hekatomnos, atestiguan sin lugar a dudas su situación, ajena hasta el s. III al proceso de helenización. Cfr. L. ROBERT, *Noms indigènes dans l'Asie Mineure gréco-romaine*, Paris 1963; L. ZGUSTA, *Kleinasiatische Personennamen*, 1964.

por la monarquía, tal y como ya he repetido, encuentra confirmación en otros datos. Así, por ejemplo, en la ciudad caria de Apolonia Salbace se constata, gracias a la documentación epigráfica publicada y estudiada por J. y L. Robert, la existencia de aldeas sagradas o *hierai komai*, diferenciadas de la ciudad, situadas en torno a santuarios indígenas independientes. A su vez, el origen indígena de tales poblados está avalado por sus propios nombres²⁷. De su organización nada se dice, pero sí quedan claras las diferencias existentes entre ellas y la ciudad de Apolonia. A partir de ello y de otras consideraciones, como las de tipo geográfico o la observación relativa a la ausencia de efigies divinas autóctonas en las acuñaciones de Apolonia, puede propugnarse la idea que la fundación de la ciudad de Apolonia se debió precisamente al deseo de controlar este territorio de carácter eminentemente teocrático²⁸. Este objetivo no conllevaría la confiscación de las propiedades sagradas, de lo que no hay ni rastro, ni su adjudicación a Apolonia, puesto que no forman parte de la ciudad ni de su territorio, sino significaría únicamente su inclusión en el engranaje administrativo, sometién-dolas al poder de los correspondientes funcionarios²⁹. Sin embargo, en la medida que representaba un recorte a sus antiguos derechos, ello sería origen de conflictos duraderos con las aldeas indígenas sagradas, renuentes a dejarse controlar por la ciudad³⁰. Por otro lado, el momento de redacción de la inscripción era especialmente crítico: se deliberaba en Rodas sobre el estatuto de Apolonia y su territorio. Posiblemente los *egchorioi* de que habla el epígrafe considerarían esta circunstancia positiva para sus intereses, a saber, liberarse de la tutela de los apoloniatas —y de los Seléucidas—,

²⁷ J.-L. ROBERT, *La Carie II*, París 1954, 285, n.º 166 y 167; comentario pp. 294 ss. Se definen las *hierai komai* como los *Saleioi* de la llanura y los *Saleioi* de la montaña. El nombre, según los autores, está relacionado o emparentado con el antropónimo licio *Salas*, atestiguado a través de varios ejemplos y del cual derivan una serie de topónimos en los valles del Meandro y del Caistro. Su naturaleza de poblados indígenas está confirmado por las monedas de la región que, a excepción de las de Apolonia, representan a divinidades autóctonas.

²⁸ Cfr. J.-L. ROBERT, *La Carie II*, *op. cit.* y su comentario a la inscripción n.º 166. La idea aparece recogida y ampliada por P. DEBORD, *Aspects sociaux et économiques*, p. 144. Los documentos corresponden al reinado de Antíoco III.

²⁹ Que se trataba de una situación legalmente complicada es evidente y los editores de los epígrafes así lo reconocen: J.-L. ROBERT, *La Carie II*, *op. cit.*, p. 297. En efecto, las aldeas sagradas están ligadas a la ciudad pero por otra parte Apolonia depende de los funcionarios seléucidas, pues, en la disputa sobre el destinatario de determinados ingresos, quien debe resolver es el *eglogistés*.

³⁰ Naturalmente una consecuencia directa de este control incidía en aspectos de tipo fiscal, como se deduce del hecho que la disputa entre las *hierai komai* y la ciudad se planteara ante un funcionario real, el *eglogistés*, encargado del control de los impuestos.

prefiriendo pasar a estar bajo hegemonía rodia, siempre más débil tanto por su lejanía geográfica, como por la trayectoria histórica de dicha ciudad³¹.

Así pues, parece claro que los reyes gobernantes en Asia Menor, los Seléucidas, como hemos visto, pero también los Atálidas, aún mostrándose generosos y bien dispuestos en general hacia las divinidades y sus templos³², dada la propaganda que ello generaba para sus respectivas personas y dinastías, recurrieron a imponer medidas de control sobre territorios sagrados que escapaban a su administración en función de derechos ancestrales adquiridos por las vicisitudes históricas propias de épocas pretéritas. Su objetivo, fundamentalmente político al estar dirigido al fortalecimiento de su poder, tenía a la par la vertiente fiscal que se presentaba como muy digna de tener en cuenta ante los grandes gastos ocasionados por las aventuras bélicas de los distintos monarcas, sobre todo Antíoco III. Los sistemas utilizados fueron variados, pero en este sentido el papel jugado por las ciudades se nos revela como de gran trascendencia, algo perfectamente comprendido e impulsado por los monarcas helenísticos³³.

³¹ A. LOZANO, *La esclavitud...*, *op. cit.*, p. 208 s. En ese capítulo se aportan otros testimonios de situaciones de inconformismo y protesta por parte de las poblaciones indígenas en el territorio minorasiático.

³² Además de todo lo ya expuesto, merece la pena aludir a las concesiones de *asylía* a templos y ciudades por los reyes helenísticos de que dan fe textos e inscripciones y que testimonian esa misma actitud positiva hacia ellos. Cfr. en general, SCHLESINGER, *Die griechische asylie*, Diss. Giessen 1933.

³³ Cfr. A. LOZANO, «Las poleis minorasiáticas...», art. cit., (en prensa). En dicho artículo insisto en este papel de las ciudades, decisivo para comprender la extensión de la helenización a regiones poco afectadas por dicho proceso todavía durante el Helenismo.